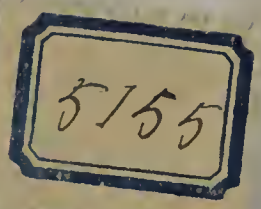
454:5



GABRIEL.

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Su autor

Don Antonio García Gutierrez.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Agosto de 1844.

PERSONAS.

ELENA.
INÉS.
JAIME.
DON JUAN DE CARDONA.
GABRIEL.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa una sala con chimenea encendida al fondo. A la derecha, junto á una mesa, está Inés haciendo labor, y á su lado don Juan. Al lado de la chimenea estará Jaime recostado en un sillon, en ademan pensativo. De cuando en cuando se le ve dirigir una mirada furtiva hácia Inés y don Juan.

ESCENA PRIMERA.

JAIME. DON JUAN. INÉS.

Juan. No lo negueis: ese hombre
os ama, y...
Inés. ¡Callad, callad!
Juan. No os importe nada: hablad,
y por vida de mi nombre...
Inés. Silencio os digo: si advierte
en vos...
Juan. El temor desecha.
Inés. Si de nuestro amor sospecha,
es segura vuestra muerte.
Juan. ¡Delirio! El miedo te engaña.
¿Qué ha de poder contra mí
ese viejo valadí?
Inés. ¡Por Dios!
Juan. Morirá á mi saña.
Inés. Eso no, Felix: jamas
consentiré que en sus canas

pongais las manos profanas.

Juan. Le amas, ¡pobre Inés!

Inés. No mas.
Sabeis que sin reflexion
vida y alma os entregué
con tanto amor, tanta fé,
cuanta hay en mi corazon.
¡Felix! no quiero deciros,
demasiado lo sabeis,
cuánto á mi pasion debeis
de lágrimas y suspiros.
Santos deberes he hollado
con infame ingratitud
por vos, por esta inquietud
que en mi pecho habeis sembrado.
Pero si os amo, no es
tan ciego mi desvarío
que le ofenda: no, ¡Dios mio!

Juan. ¡Voto á brios!

Jaime. ¿Qué haces, Inés?
¿No respondes? Ven aqui.
¿Por qué contra tu costumbre
esta noche huyes la lumbre?

Inés. (Porque me abraso ¡ay de mí!)
No tengo frio.

Jaime. Es estraño,
que está la noche cruel.
¿Y vos, Felix?

Juan. (¡Tambien él!)

Jaime. Venid conmigo.

Juan. (¡Mal año!)

Jaime. ¿Qué decís? ¿nada sabeis?
No ha ocurrido novedad
ninguna.

Juan. No, en la ciudad.

Jaime. ¿Qué nuevas de allá traeis?

Juan. ¿Qué quereis que os participe
que ya no sepais?

Jaime. ¿Es cierto
que esperan luego en el puerto
al nuevo rey don Felipe?

Juan. Eso corre.

Jaime. ¿Y qué se opina
de su llegada? ¿será
bien recibido?
Juan. Quizá.
Jaime. ¿Y el pueblo, á nada se inclina?
Juan. (Mucho aprieta ya el tormento.)
Dicen que habrá fiestas varias,
y dinero, y luminarias.
El pueblo estará contento.
Jaime. ¡Mirad...! yo pienso que no.
Juan. ¿Qué razon teneis...
Jaime. No creo
que es conforme á su deseo
el rey.
Juan. Eso temo yo.
Jaime. ¡Temeis!
Juan. No; quiero decir...
Jaime. Sed franco.
Juan. ¿Lo sois conmigo?
Jaime. No he de ser vuestro enemigo
por tener otro sentir.

ESCENA II.

DICHOS. GABRIEL.

Gabriel. Para vos me han entregado
estas cartas. (¡Siempre aqui!)
(*Echando á don Juan una mirada de rencor.*)
Jaime. Me permitireis... (*A don Juan.*)
Juan. ¡Oh! sí.
(*Va á levantarse y Jaime le detiene.*)
Jaime. Mas no os vayais de mi lado.
En oportuna ocasion
han venido estos papeles,
que traerán noticias fieles
si los que presumo son.
Juan. (Se va haciendo posma el viejo,
y ya me aburre, ¡par diez!)
¿Os vais? (*Viendo á Inés que se levanta.*)
Inés. Estorbo tal vez.
Jaime. Sí, vete.

Inés. Solos os dejo.
Juan. Esto me faltaba.
Inés. ¡A Dios!
(*Vase por la derecha.*)
Gabriel. (¡Oh! por vida de mi nombre
que si me apura este hombre
hemos de reñir los dos.)
(*Se va por la derecha, sin dejar de mirar á don Juan. Este se sonríe con desprecio.*)
Juan. ¿Qué nuevas teneis?
Jaime. No sé
de qué modo os las esplique,
ni cómo las califique.
Juan. ¿Por qué motivo?
Jaime. ¿Por qué?
Porque tal vez hay aqui
tal discordia entre los dos,
que sea malo para vos
lo que bueno para mí.
(Veré si asi se declara.)
Juan. Solicitais mi opinion
indagar. Teneis razon.
¿Os la digo?
Jaime. Cosa es clara.
Juan. Conozco, sin duda alguna,
que de ella disentireis?
Jaime. ¿Y por qué lo conoceis?
Juan. Porque no tengo ninguna.
Jaime. Ved como andabais errado.
Juan. ¿Es posible?
Jaime. Ya ahora puedo
manifestaros sin miedo
las nuevas que me han llegado.
El Austria, por nuestro mal,
apoyada de Inglaterra,
mueve á don Felipe guerra,
con Holanda y Portugal.
La Francia (¡por Belcebú!)
para enredar la tramoya,
con grande ejército apoya
la pretension del de Anjou.
Europa, en fin, que nos ve

débiles y maltratados,
nos arroja sus soldados
hollándonos con el pie.
Todos, débiles y fuertes,
se abalanzan á la par
sobre España, para echar
sobre su túnica suertes.
Mas... ¿quién sabe? la nacion
tal vez en su gloria crea:
tal vez su túnica, sea
la túnica de Jason.

Juan. ¿Con que habrá guerra?

Jaime. ¡Espantosa!
guerra terrible y mortal,
acaso á España fatal,
pero sin duda gloriosa.
No ha de faltarnos al fin
de esta larga lucha, un dia
que nos recuerde á Pavía,
Cirinola ó San Quintin.

Juan. Noto en vos enemistad
á la Francia: ¿de qué nace?

Jaime. (Me ha vendido.) Eso lo hace
sin duda la vecindad.
Mas no por esto trabuque
mis conceptos; que ni estoy
por el de Francia, ni soy
amigo del archiduque.

Juan. ¡Sois muy singular!

Jaime. ¡Por Dios!
tal es mi modo de ver,
que si me dan á escoger
me he de quedar sin los dos.
Pero España rival es
de Francia, y de ello blasona.
¡Y ha de ceñir su corona
un enemigo, un francés!

Juan. Si don Carlos se la dió
con público testimonio,
y era al fin su patrimonio...

Jaime. La corona; el pueblo no.

Juan. Con la regia magestad,

tambien la España heredó.

Jaime. ¿Qué quereis que os diga? yo
no encuentro esa afinidad.

Juan. Entonces, fuerza será
que á don Carlos prefirais.

Jaime. Lo diré si me apurais.

Juan. Muy bien comprendido está.
Pero tocais los estremos,
que estrangero tambien es.

Jaime. Venzamos ahora al francés,
que luego ya nos veremos.

Juan. Qué, os hace pensar que atrás
los de don Felipe cedan.

Jaime. No es lo natural que puedan
los menos, como los mas;
ni es posible, aunque su tropa
tantos peligros embista,
que sola Francia resista
todo el poder de la europa.

Juan. Pero si España le ayuda,
al mundo resistirán.

Jaime. ¿Y pensais que se unirán?

Juan. Es posible.

Jaime. Esa es mi duda.
De nuestros nobles mayores
heredamos, con la gloria,
esta pesada memoria
de envejecidos rencores.
Y si á Felipe me dan,
por ser francés, echo el taco,
y me uniré al austriaco,
al herege, al musulman.

Juan. Con que pensais vos hacer
la guerra.

Jaime. Aunque viejo soy,
dispuesto á morir estoy
si no es posible vencer.
¿Qué quereis? no quiero dar
al yugo francés el cuello,
y como soy pobre, en ello
tengo mucho que ganar.
La guerra ofrece al soldado,

aunque por fatal camino,
los tesoros que el destino
guarda en su seno vedado.

Juan. ¿Y el riesgo?

Jaime. No le desprecio,
ni le esquivaré tampoco.
Quien odia la vida es loco;
quien la tiene en mucho es necio.
Y el que pretende medrar
y del polvo de la tierra
levantarse, mucho yerra
si nada quiere arriesgar.
Y luego, no soy tan viejo
ni á tal mi desdicha alcanza
que me falte la esperanza.

ESCENA III.

DICHOS. GABRIEL.

Gabriel. Os buscan.

Jaime. ¿Quién?

Juan. Solo os dejo.

Jaime. Id á acompañar á Inés,
que yo no sé en qué consiste,
pero está llorosa y triste.

Juan. Ya nos veremos despues.
(*Vase por la derecha.*)

Gabriel. (¡Él tambien! ¡viven los cielos!)

Jaime. ¡Gabriel!

Gabriel. ¿Señor?

Jaime. ¿Quién me busca?
habla.

Gabriel. (¡Mi razon se ofusca!
¡Silencio y paciencia, celos!)
Una señora, cubierta
con un velo.

Jaime. ¡Es singular!
¿Dónde está?

Gabriel. No quiso entrar,
y se ha quedado á la puerta.
Dice que entrar no es posible
hasta que solo os encuentre.

Jaime. ¿Quién puede ser? dila que entre.
(*Vase Gabriel.*)
¡Qué misterio incomprensible...!

ESCENA IV.

JAIME. ELENA, *que entra con precaucion, cubierto el rostro con un velo. Despues de asegurarse de que está solo Jaime, se acerca á él y se descubre.*

Elena. ¿Me conoceis?
Jaime. ¡Oh! ¡qué miro!
Elena. No me esperabas.
Jaime. (¡Gran Dios!
¡lo que temí tanto tiempo!
mi desdicha se cumplió.)
Elena. ¿Qué te suspende?
Jaime. ¡Señora!
¡perdonad...!
Elena. ¿Por qué razon,
cuando alegrarte debieras,
me recibes con temor?
Jaime. ¡Elena! no sé si debo...
el tiempo feliz pasó
en que endulzaron mis sueños
las caricias de tu amor.
Hoy, desengañado y viejo,
¿qué quereis, señora? son
esos recuerdos tan gratos,
que el veros me estremeció.
Al cabo de larga ausencia,
¡oh! no sabeis el dolor
que en mí ha causado esa estraña
imprevista aparicion.
Sois el recuerdo animado
de una dicha que pasó;
de mi juventud hermosa
ahogada y marchita en flor.
¿Adónde han ido mis negros
cabellos? la edad veloz,
á par que mis desventuras,
en nieve los convirtió.

¿Cómo no quereis que tiemble
de miraros, cuando sois
de la edad de mis venturas
inexorable reloj.

Elena. ¡Es cierto, Jaime! tu frente
sulcada por el dolor,
por los años, me retrata
lo que he sido y lo que soy.
Mas ¿qué podemos nosotros
contra la mano de Dios?
¿No hay por dicha otras venturas
para nosotros?

Jaime. ¡Ay! no.

Elena. Me haces temblar.

Jaime. (La zozobra
no cabe en mi corazon.)

Elena. Las flores del amor, mueren;
pero si las besa el sol,
renacen con sus semillas
en nueva y lozana flor.

Jaime. ¿Qué decís, Elena?

Elena. ¡Callas!
Acaso la maldicion
del moribundo anciano...

Jaime. Sí, Elena: el cielo la oyó.

Elena. Me engañas, Jaime.

Jaime. ¡Engañarte!
¿qué decís? ¿por qué razon...

Elena. ¡Oh! si lo hicieras, si asi
te burlaras del dolor
de una madre...

Jaime. Yo...

Elena. No habria
para tal crimen perdon.

Jaime. Yo te juro...

Elena. No; yo quiero
creerte: no es tan feroz,
tan ciego el rencor del hombre.

Jaime. ¿Qué hablas de duda y rencor?

Elena. ¡Privarla tú de su madre!
no es posible: tan atroz
sentimiento no ha podido

caber en tu corazon.

Jaime. ¿Y por qué...?

Elena. ¡Con que es preciso
renunciar al seductor
halago de esa esperanza!

Jaime. El cielo asi lo ordenó.

Elena. ¡Pobre hija mia, que fuiste
con rápida aparicion
fruto de mi amor impío
y encanto de mi dolor!
Dios te ha llamado á su seno,
porque sin duda temió
que el martirio de la vida
quebrantase tu valor.
Y viéndote niña y débil,
con paternal prevision
la amarga senda de espinas
ante tus pies abrevió.

Jaime. ¡Calla por piedad! ¿no adviertes
que desgarras con tu voz
mi pecho, donde no cabe
tu noble resignacion?
¿No ves lo que sufro?

Elena. ¡Jaime!
¿Lloras? lloremos los dos,
que si eres tú desdichado,
no soy venturosa yo.
Para nosotros, la vida
son los recuerdos: yo soy
cual tú infeliz... la desgracia
ha sellado nuestra union.

Jaime. ¿Qué quieres decirme, Elena?

Elena. Que aquel desdichado amor
vive aun: que no ha podido
la eterna persecucion
de los mios, arrancarle
del alma que le engendró:
y que diez años, pasados
en obscura reclusion,
irritarle consiguieron,
pero amortiguarle, no.

Jaime. ¡Será posible!

Elena. Riquezas,
titulos y amor te doy;
cuanto abarque la esperanza
de tu soñada ambicion.
Desesperada de hallarte...
te confesaré mi error,
la mano acepté de un hombre
noble y galan.

Jaime. Fue razon.
(Respiro.)

Elena. Pero no pienso
cumplir mi promesa.

Jaime. ¡No!

Elena. Hoy quiero desengañarle.

Jaime. ¡Qué escucho! ¿Deliras?

Elena. Hoy
es fuerza que nuestros lazos
consagre la religion.

Jaime. Eso no es posible, Elena.

Elena. ¡No es posible! ¡Santo Dios!
¿he escuchado bien?

Jaime. ¡Sería
tan insensata esa union...!

Elena. Mas insensato y mil veces
mas criminal fue tu amor.
Pero comprendo el motivo
por qué me rechazas... ¡Oh!
¡Ya lo sé, Jaime! aqui tienes
una muger.

Jaime. ¡Es error! (*Aterrado.*)

Elena. No lo niegues: yo creia
con entera conviccion
que era el fruto desdichado
de mi maternal dolor,
y hallo una rival que ufana
me roba tu corazon,
y con él las esperanzas
de una existencia mejor.
Yo la veré.

Jaime. ¿Con qué objeto?

Elena. Aqui estará.
(*Se dirige á la puerta de la derecha.*)

Jaime. (*Interponiéndose.*) No entres, no:
imposible es por ahora.
Aparta.

Elena. ¿Por qué razon?

Jaime. Está dentro un caballero
de Barcelona... ¿su voz
no escuchas?

Elena. Sí. (*Aplicando el oido á la puerta.*)

Jaime. Bien podria
verte, y acaso tu honor
padeciera.

Elena. (¡Justo cielo!)

Jaime. ¿Qué te suspende?

Elena. ¿Quién vió
reunidos tantos agravios?
Di, Jaime, asi plegue á Dios
completa hacer tu fortuna,
ya que mi fortuna no,
¿ese es don Juan de Cardona?

Jaime. No es sino Felix Carrion,
buen mozo, alegre y honrado,
comerciante de Ripoll.
Tiene sus defectos: es
maldiciente y jurador.

Elena. (No me he engañado: es don Juan.)
Sí, ya caigo.

Jaime. Ya es razon
que salga, que en esa pieza
está encerrado por vos.

Elena. No importará que me vea.
Antes tomaré á favor
que le aviseis.

Jaime. Norabuena.
Salid, Felix.

Juan. (*Saliendo por la derecha.*) ¡Voto á Brios...!
(¡Cáspita! ¡aqui doña Elena!)

Jaime. (Parece que se turbó.)

Elena. Si no os incomodo, á solas
tenemos que hablar los dos.
(*Jaime se va por la derecha.*)

ESCENA V.

ELENA. DON JUAN.

Elena. ¿Cómo es que os encuentro aqui,
señor don Juan? ¿cómo es
que con doloso misterio
el nombre mudado habeis?
Sed franco: nada os exijo
sino esto; pero entended
que nada habeis de ocultarme.
Juan. (Yo no sé qué responder.)
Elena. Confuso estais, como el reo
en presencia de su juez,
y es que la conciencia os turba,
si es que conciencia teneis.
Juan. (Eso es lo que mucho dudo:
lo que yo temo, es perder...)
¡Elena!
Elena. Hablad: ¿qué disculpa
podeis darme?
Juan. No lo sé,
la verdad. (Nunca me he visto
en apuro tan cruel.)
Elena. Vuestra turbacion me dice
lo bastante; mas ¿por qué
negármelo? ¿teneis amor,
por ventura, á esa muger?
Juan. ¡Yo! fuera un crimen, amándoos
con tan estremada fé...
Elena. Podeis escusar lisonjas
que al cabo no he de creer.
Si la amais, si por ventura
romper el lazo quereis
que nos liga...
Juan. Antes la muerte.
(No fuera malo.)
Elena. Pues bien.
Quiero creer que abrigais
por mi ese amor: no seré
tan dura que le desdeñe.
Juan. Fuera sobrada altivez.

Elena. Pero si yo consintiera...
perdonad, don Juan: no sé
cómo os lo diga. Si fuerais
como yo franco, tal vez...
Juan. Esplicaos.
Elena. Mas, si os lo digo,
vais sin duda á suponer...
Juan. Os juro que no.
Elena. Yo os amo
con tal ternura y tal fé...
Juan. Ya me dais que sospechar.
Hablémonos sin doblez.
Elena. Esa jóven...
Juan. Esa jóven...
Elena. Os agrada.
Juan. Yo os diré:
agradarme, no lo niego;
pero ningun interes...
Elena. Lo supongo: no aspirais
á ser su marido.
Juan. Ved
que culpais mis intenciones.
Elena. Un leve capricho.
Juan. ¡Pues!
Pero desde hoy os prometo
que nunca mas volveré
á esta casa.
Elena. ¡Qué locura!
Ni lo apruebo, ni lo hareis.
Juan. ¿Os estais burlando?
Elena. El precio
de nuestro enlace, ha de ser
esta condicion.
Juan. ¡Elena...!
estraña por cierto es.
Elena. ¿Teneis rivales?
Juan. No faltan,
y ella los tiene tambien
á juzgar...
Elena. Me habeis jurado
no sospechar.
Juan. Lo olvidé.

Elena. ¡Y ella os adora!
Juan. A lo menos,
yo tengo la insensatez
de creerlo.
Elena. Y el rival
¿quién es?
Juan. Preguntad mas bien
quiénes son.
Elena. ¡Vírgen María!
Juan. ¡Es tan golosa la miel!
Elena. Pintádmelos.
Juan. Ese viejo...
Elena. Jaime.
Juan. ¡Ya! le conoceis.
Elena. En otro tiempo... creía
que era su padre.
Juan. ¿Quién, él?
Os engañais, y aunque ha sido
amparo de su niñez,
yo presumo...
Elena. Pero vos
del riesgo la salvareis.
Juan. Asi lo espero.
Elena. ¿Y no tiene
celos de vos?
Juan. No, par diez.
Me tiene el viejo cuitado
una aficion...
Elena. Sois cruel
engañándole.
Juan. Ello es cosa
que de algun modo ha de ser.
El otro, es un mozo brusco,
pelo en pecho, hombre soez,
como educado en las rudas
montañas de Balaguer.
Tiene unos puños feroces,
y una voz de somaten...
A ese, le aborrezco: á ese,
le persigo sin cuartel.
Y él lo sabe; y el remate
de la fiesta vendrá á ser

que nos rompamos la crisma
como dos y una son tres.

Elena. ¡Qué horror! no hareis tal.

Juan. Se empeña
en estorbar, ¿qué he de hacer?

Elena. ¿Y si os mata?

Juan. ¿Hay mas remedio?
Requiescat in pace, amen.
En tal punto es ya preciso;
pero no temais: él es
un desmayado: le pongo
hecha una criba la piel.
A no ser que vos... ¡ya caigo!
El singular interes
que manifestais...

Elena. ¡Don Juan!
¿Olvidais...

Juan. (Sin duda es él.)
Ya sé que me está vedado
sospechar ni aun suponer...
¡Pero veo tan claro! en fin,
quizá le perdonaré.
Por lo domas, dispensadme
si atrevido y descortés...

Elena. Basta, os repito.

Juan. ¿Habrá pícaro
mas dichoso?

Elena. ¿Callareis?

Juan. Solo me resta esplicaros
cómo pienso disponer
el rapto; porque es un rapto
sin duda lo que quereis.

Elena. No me opongo.

Juan. La conduzco
lejos.

Elena. Me parece bien,
con tal que su honor...

Juan. Ya vais
á dudar de mi honradez.
Mas como el viejo es un Argos,
encerrarle es menester
algun tiempo.

Elena. ¿De qué modo?
Juan. En una prision.
Elena. ¿Por qué?
Juan. Conspira contra Felipe,
y conserva en su poder
cartas...
Elena. Pero eso es infame
y villano.
Juan. Ya lo sé;
pero en tanto que él entabla
relaciones con su juez...
ella...
Elena. No, no lo permito:
entendedlo.
Juan. Pero ved...
Si os interesais por todos,
no sé cómo lo he de hacer.
Elena. Buscad otro medio.
Juan. Bueno.
(No haré yo tal, ¡voto á quién!)
Elena. ¿Os quedais?
Juan. Si no os estorbo,
acompañándoos iré.
Elena. ¡Estorbarme! ¿por qué causa?
Juan. Yo no sé si la teneis,
pero...
Elena. ¿No os amo?
Juan. Ni aun eso
me es posible suponer.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

La misma decoracion del acto primero. Inés estará apoyada en la ventana, mirando al campo con manifiesta inquietud.

ESCENA PRIMERA.

INÉS. *Luego* GABRIEL.

Inés. Aun no viene: temerá
traerme nuevas fátales
del pobre Jaime, y quizá
el cúmulo de mis males
emponzoñar no querrá.
Por dilatarme el dolor
la nueva triste suspende,
sin conocer que en rigor
la duda es pena mayor
que el mal que no nos sorprende.

(*Gabriel entra por la derecha, y se acerca con timidez hasta colocarse detras de Inés.*)

Gabriel. ¿Inés?
Inés. Ya tarda. (*Distraida.*)
Gabriel. (¿Qué mira?
Ya lo sé; ¡triste de mí!
le espera, pesie á mi ira,
y por su vuelta suspira.)
¡Señora...!
Inés. ¿Estabais aqui? (*Con sorpresa.*)

Gabriel. De nuestro amigo en ausencia
yo soy vuestro protector,
en tanto que la sentencia
aclarando su inocencia
le devuelve á nuestro amor.
Mas si acaso os importuna
mi presencia...

Inés. ¡Vos, Gabriel!
¿qué decís? hay causa alguna...

Gabriel. No hay otra sino el cruel
despego de mi fortuna.

Inés. Siempre lo mismo. (*Con sentimiento.*)

Gabriel. ¡Señora!
en tanto que la pasion
que con saña me devora
no mitigue bienhechora
mi funesta conviccion;
mientras el hondo vacío
que preside á mi existencia
no esconda su abismo impío,
no habrá para el pecho mio
mas poderosa influencia.
A los que felices son,
el llanto es mortal veneno
que ocultar fuera razon;
pero ¡ay! que cuando está lleno,
rebosa del corazon.

Inés. ¡Pobre Gabriel! si en mi mano
daros la dicha estuviera
no la aguardarais en vano,
porque os amo...

Gabriel. (¡A Dios pluguiera!)

Inés. Os amo como á un hermano.

Gabriel. Ya lo sé, y harto favor
en debéroslo merezco;
pero es tan grande el rigor
de mi estrella, que aborrezco
ese nombre y ese amor.

Inés. Yo no os entiendo, Gabriel.

Gabriel. Perdonadme, si mi labio
os da con estremo fiel
por un respeto, un agravio.

Inés. Es verdad: ¡estais cruel!
Mas si acierto por ventura
vuestra pena...

Gabriel. No es posible.

Inés. ¡Tal vez alguna hermosura!
¿Escuchó vuestra ternura
á vuestro halago insensiblè?

Gabriel. Yo... (*Confuso.*)

Inés. No lo negueis: yo soy
indulgente con estremo.

Gabriel. ¡Inés! (*Con pasion.*) (A perderme voy.)

Inés. ¡La verdad!

Gabriel. (Turbado estoy,
y á mi propia audacia temo.)

Inés. No lo estraño, mas lo siento.
¡Vos tambien habeis buscado
con el corazon sediento
ese inefable tormeñto
maldecido y deseado!
Esclavo de un triste amor,
tambien vuestro pecho alienta
ese encanto destructor
que su existencia alimenta
con lágrimas y dolor.

Gabriel. Y si tal es la existencia
para el que seguro vive
en blanda correspondencia,
qué será del que recibe
por favor la indiferencia.
Si ese encanto de los cielos
al mas venturoso da
pena tambien y desvelos,
¿el desdichado qué hará
aborrecido y con celos?

Inés. ¡Celoso y aborrecido!
¿Y quién es esa muger
tan ciega, que asi ha podido
prestaros ingrato oido
y vuestro amor posponer?
¡Oh! no... sin duda el afan
de vuestras negras sospechas
ese error os dictarán.

Los celos, Gabriel, son flechas
que adonde las llaman van.
Sois valiente, honrado y fiel,
sin que ninguno os esceda.

Gabriel. ¡Oh! ¡gracias...!

Inés. ¡Alma cruel!
yo no sé cómo hay quien pueda
desdeñar á mi Gabriel.

Gabriel. ¡Dejadme que en esa mano
ponga mi labio! ¿Es verdad
lo que decís?
(*Besándola la mano arrebatadamente.*)

Inés. (*Con dulzura.*) ¿No era llano?
¿Pensais que el amor de hermano
ofusque mi voluntad?

Gabriel. ¡Hermano! (*Soltando la mano de Inés.*)

Inés. Cosa es muy cierta.

Gabriel. (Esa maldita palabra
mi ventura desconcierta
siempre que en mi pecho labra
una esperanza despierta.)

Inés. Alentad: nunca hay razon
para asi desesperar.
El tiempo y vuestra pasion
vendrán al fin á ablandar
de esa fiera el corazon.

Gabriel. No lo espero.

Inés. Yo tambien
sufro y mil penas devoro;
porque en esta vida, ¿quién
no unió con la risa el lloro,
ó tuvo perpetuo bien?
Yo como vos amo y peno,
y aunque el dolor no es igual
al vuestro, tambien mi seno
abriga amargo veneno
de sufrimiento inmortal.
Y en tal manera me aqueja
cerrando el labio á la voz,
que pérfido no me deja
ni el consuelo de la queja
en mi sufrimiento atroz.

Y cuando mas desdichada
á romper pienso que voy
mi carcel, enagenada,
vacilo, y no sé si estoy
contenta ó desesperada.
Tal es nuestra condicion,
porque arraigado el tormento,
no hay voluntad ni razon
que preste al entendimiento
armas contra el corazon.

Gabriel. Mas...

Inés. ¡Callad! ¿no habeis oido
pasos de caballo?

Gabriel. Sí.

Elena. Don Felix sin duda ha sido.

Gabriel. ¿Le esperais?

Elena. Me ha prometido
traer nuevas... ya está aqui.

ESCENA II.

DICHOS. DON JUAN.

Juan. Inés.

Gabriel. Con vuestra licencia.

Inés. ¿Os vais?

Gabriel. Tal vez importuna
puede seros mi presencia,
y aunque envidio su fortuna,
mas temo vuestra inclemencia.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA III.

DON JUAN. INÉS.

Inés. (Tiemblo comprender... ¡Dios mio!)

Juan. ¿Qué dice?

Inés. No sé... no sé.
(Si yo la causa seré
de ese amor triste y sombrío.)

Juan. Bien, ¡vive Dios! ¿no teneis

nada que decirme? ¡hablad!
¿qué os sucede?

Inés. Perdonad;
pero estoy triste... ¡ya veis!

Juan. Traigo escelentes noticias.

Inés. ¿De veras? (*Con alborozo.*)

Juan. ¿Si hoy acabara
su prision, no te alegrara?

Inés. ¡Te diera el alma en albricias!

Juan. ¡Eso no, viven los cielos!

Inés. ¡Felix!

Juan. Ya tanto interes
me da á comprender, Inés,
la justicia de mis celos.

Inés. ¿A qué aumentar mi inquietud?

Juan. ¿No le amas?

Inés. ¿Qué puedo hacer?
No puedo odiarle, sin ser
un monstruo de ingratitud.
Y exigir que le aborrezca,
que no le pague el amor
que me tiene, ya es rigor
que no es justo que obedezca.
Y si ciega no estuviera
al ver tu injusticia clara,
su noble afecto estimara
y el tuyo desatendiera.

Juan. Qué bien con esa ficcion
en que tu perfidia escondes,
á la inspiracion respondes
de tu falso corazon.
Sí, Inés, ya lo presumí,
y en ese encarecimiento
bien muestras el sentimiento
que reservas para mí.

Inés. Perdona mi ciego error:
injusta soy, pero á veces
con tu ceño me estremeces
y me da miedo tu amor.

Juan. ¡Es que me aborreces! dilo,
acaba.

Inés. No te diré

sino que al amor juzgué
mas dichoso y mas tranquilo.
Hasta el punto en que te vi,
quién sabe si por mi daño,
en un delicioso engaño
enagenada viví.
Pensé yo que era un placer
de sinsabores esento,
y dulce contentamiento
que encantaba nuestro ser.
Soñé con castos amores
de ilusiones peregrinas,
sin ver las duras espinas
en medio de tantas flores.
¿Por qué esa llama inmortal,
cuando en el alma se enciende,
no se sublima y desprende
de nuestra carne mortal?
¡Sí, Felix! si de otra suerte
tu ciego amor comprendiera,
olvidarte no pudiera,
mas pudiera aborrecerte.

Juan. (¡Cáspita!)

Inés. ¡Callas, vacilas!
Ya que has venido á turbar
mi pecho, y á marchitar
mis esperanzas tranquilas,
rasga tambien mi ilusion,
y á la que fiel te desea
deja que el abismo vea
de tu negro corazon.

Juan. Bien me comprendes: seré
franco y leal.

Inés. Eso quiero:
morir de dolor, primero
que sospechar de tu fé.

Juan. No es mi amor tan ideal,
ni acaso tan santo y puro,
pero noble, te lo juro,
eso sí, noble y leal.
Soldado soy: no merezco
esos afectos que ignoro.

Con ruda pasion adoro,
y con la misma aborrezco.
En mi esperanza, tenaz,
hasta alcanzarla persisto;
pero jamas ¡vive Cristo!
con engaño ni disfraz.

Inés. ¡Calla por piedad! la hiel
que en tus palabras rebosa,
con sensacion dolorosa
estremece mi amor fiel.
Con esa amarga verdad,
cuando el corazon me dañas,
aun me fascinas, y engañas
mi torpe credulidad.
¿Qué negra magia te escuda
para completar mi daño,
que escuchando el desengaño
apenas pienso en la duda?
Tanto ciegas mi razon,
que sin valor y sin brio
leo el sentimiento frio
que labra en tu corazon.
¡Felix!

Juan. Sí, Inés, es preciso
que en blando lazo amoroso
olvides ese engañoso
fantástico paraiso.
Eres mia, y desde hoy mas,
de ese amor que has de sentir
en vano querrás huir;
queriéndolo, no podrás.
O donde quiera que huyas
contigo en el alma iré,
y el despertador seré
de las esperanzas tuyas.
Nuestros destinos estan
en una estrella cifrados,
y tristes ó afortunados,
al cabo se cumplirán.

Inés. Eso no, que yo sabré
rasgar, si es fuerza, la herida,
y aunque me cueste la vida

al destino venceré.
Huye de aqui.

Juan. Es vana accion,
que donde quiera que fueres
te he de seguir.

Inés. No lo esperes.

Juan. ¡Qué inútil obstinacion!
El hombre que fue hasta hoy
tu apoyo, con triste suerte
espera acaso la muerte:
pues bien, yo tu amparo soy.
Tu amante, el único ser
que en tus amargos enojos
enjugar pueda tus ojos
y endulzar tu padecer.
Para nuestro bien comun
yo ampararé tu orfandad,
¡pobre niña!

ESCENA IV.

DICHOS. GABRIEL.

Gabriel. ¡Perdonad!
(*Colocándose entre los dos.*)
La queda su hermano aun.

Inés. ¡Gabriel! ¡Gabriel!
(*Refugiándose en sus brazos.*)

Gabriel. ¡Bien decís!
¡pobre niña, que á la angustia
de su soledad añade
el triste amor con que lucha!
¡Desdichada! que en el negro
desamparo que la abruma
en vez de amor y consuelos
recibe de vos injurias.

Juan. ¡Vive Dios! ¿y qué importa...

Inés. ¡Felix, callad!

Juan. (*Aparte á Inés.*) (Si me apura,
no sé si podré enfrenar
mi mal contenida furia.)

Inés. ¡Por el cielo!

Gabriel. ¿Qué me importa
decís? ¡estraña pregunta!
¿O no sabeis que mi vida
está enlazada á la suya?
¿No sabeis que en fraternales
vínculos, por mi ventura,
uní mi suerte á su suerte
desde el albor de su cuna?
¿Que este cariño, nutrido
con nuestra desgracia mútua,
fue luego pasion inmensa,
pero como inmensa, pura?
Si no lo sabeis, tenedlo
presente, y antes que sufra
su perdicion, vuestra sangre
para saciarme aun no es mucha.

(*Don Juan queda un momento indeciso: despues contesta con forzada calma.*)

Juan. Vos sois el juez de esta causa.
(*A Inés.*)
O rechazais su importuna
intervencion, ó aceptais
al protector que os escuda.
Si lo primero, el desprecio
será leccion harto dura;
pero si admitís su oferta,
tambien yo admito la suya.

Gabriel. Si eso tan solo os detiene,
poco os importe la duda,
porque airoso ó despreciado,
siempre es mi venganza justa.
Solo hay un medio que aplaque
mi cólera.

Juan. Solo hay una
paciencia, y la mia es corta
para oir vuestras injurias.

Inés. ¡Don Felix!

Juan. Callad el medio
de conciliacion: no escucha
mi rencor satisfacciones,
ni me desarman disculpas.

Inés. ¡Callad! yo os lo mando.

Juan. (*Aparte á Inés.*) (¡Inés!
si á seguirme te rehusas,
inevitable es el duelo.
Piénsalo bien.)

Inés. ¡Nunca! ¡nunca!

Juan. ¡Salid!

(*A Gabriel: este se dirige á la puerta, y se detiene al ver que don Juan no le sigue.*)

Inés. ¡Esperad!

Gabriel. ¿Qué aguarda?

Inés. Dispuesta estoy.
Juan. ¿Me lo juras? } (*Ap. los dos.*)

Inés. Sí, Felix, si á ese combate,
que me estremece, renuncias.

Juan. Yo te lo ofrezco... Esta noche...
(*La habla en voz baja.*)

Gabriel. (No me abandones, fortuna,
y para matar mis celos
préstame una vez tu ayuda.)
¿Estais pronto?

Inés. No: don Felix
ha renunciado á esa lucha,
á mis ruegos.

Gabriel. ¿Cómo asi?
(¡Oh! ¡no, por temor se escusa!
¡el infame!) (*A Inés.*) Si aceptais
mi proteccion, no habrá dura
condicion que yo no acepte
y que con lealtad no cumpla.

Inés. Sed vos mi padre y mi apoyo.

Gabriel. Eso sí.

Juan. (Bien disimula.)

Gabriel. Pero ¡ay triste del que osare
tu desgracia! no presuma
lograrlo, sin que primero
bajo sus golpes sucumba.

Inés. Vamos, Gabriel.

Gabriel. Antes quiero,
por si interesada juzga
mi intencion, sacrificarle
vuestra mano y mi ventura.

Inés. ¿Qué vais á hacer?

Gabriel. (*A don Juan.*) Vuestro afecto
es tan noble, que sin duda
la aceptareis por esposa.
Juan. No espero mayor fortuna.
Pero de vos yo no debo
aceptar...
Gabriel. ¿Veis que se escusa? (*A Inés.*)
Salid de aqui, y á esta casa, (*A don Juan.*)
don Felix, no volvais nunca.
(*Vase con Inés: don Juan se sonríe con ironía.*)

ESCENA V.

DON JUAN, *solo.*

Con la cruz del matrimonio
piensa espantarme. ¡Qué furia!
¿Eh...? ¿no es un coche?
(*Se asoma á la ventana, y observa.*)
Ya paran.
Como la tarde es ya obscura,
no se puede percibir...
aqui han entrado, y se escuchan
ya pasos en la escalera.
¡Diantre! Esperaré á que suban.

ESCENA VI.

DON JUAN. ELENA *y* JAIME, *que salen por la derecha.*

Jaime. ¡No, Elena, no! si tu piedad confieso,
si agradezco rendido tu clemencia,
no esperes nunca que al traidor perdone
que mi amistad vendió. ¡Qué miro!
(*Viendo á don Juan, que se habrá retirado á un estremo del teatro.*)
Elena. (*Deteniéndole.*) Espera.
Jaime. ¡Don Juan! ¡Don Juan aqui!
Juan. (Todo lo sabe.)
Elena. Un recelo no mas, una sospecha...
Jaime. ¡Sospecha dices!—¡Acercaos! (*A don Juan.*)
Juan. (¿Quién pudo
haberlo revelado sino es ella?)

Jaime. Acercaos, os repito.
Juan. ¿Qué me quiere?
Jaime. No sé cómo decíroslo: vergüenza
tengo por mí y por vos; pero no cabe
en mi pecho el furor.
Elena. ¡Callad! (*A don Juan con ademan suplicante.*)
Juan. (¡Elena!)
(*Aparte á Elena, con marcado resentimiento.*)
Mas ¿de qué me acusais?
Jaime. ¡Traidor espía
que al hombre honrado que te abrió sus puertas,
en la tranquila paz de su morada
con asechanzas pérfidas rodeas!
Juan. ¡Jaime!
Jaime. Miradme sin rubor.
Juan. Yo os juro...
Jaime. Sois un villano, y quien asi posterga
su claro nombre y dignidad, ¿qué mucho
que á Dios perjure y con descaro mienta?
Juan. ¡Me insultais, vive el cielo!
(*Empuña la espada, y se precipita colérico sobre Jaime. Este permanece inmóvil, mirándole con desprecio. Elena detiene á don Juan.*)
Jaime. ¿Qué os detiene?
sacad la espada, ensangrentad la diestra
en un viejo indefenso. Digna hazaña,
que solo en vos imaginable fuera.
Juan. ¡Oh! si viejo no fuerais...
Jaime. No os importe.
Herid, don Juan, herid: mayor ofensa
es vuestra infame accion.
Juan. ¿Quién ha podido
calumniar mi lealtad?
Jaime. ¡No lo confiesa!
¿Quién dirigió la acusacion infame
que aun pesa sobre mí? ¿quién mi franqueza
con tal ingratitud pagó villano?
Juan. ¡Es una vil calumnia!
Jaime. Ved la prueba.
(*Sacando un pliego que presenta á don Juan: este le mira atónito y confundido.*)

Juan. ¿Quién os dió este papel? (¡Ah! me han vendido.)
¡Jaime...!
Jaime. Miradlo bien: es vuestra letra.
¿Sois don Juan de Cardona?
Juan. No os lo niego.
Jaime. Salid, salid, porque el furor me ciega,
y no quiero mancharme en vuestra sangre.
Elena. ¡Idos por Dios!
(*Don Juan se detiene un momento como vacilando: al fin se marcha rapidamente, dando muestras de cólera.*)
Juan. Yo volveré.

ESCENA VII.

JAIME. ELENA.

Jaime. ¡Que vuelva!
Es ya tarde, don Juan, y vanamente
llevar á cabo tu venganza esperas,
que cuando ufano á la ciudad caminas,
á tu desdicha y perdicion te entregas.
Elena. ¿Qué estás hablando?
Jaime. Sí; la ciudad duerme
con silencio fatal; mas ya se acerca
el instante tambien de que levante
hondo clamor de temerosa guerra.
Elena. Me haces temblar.
Jaime. ¿Por qué?—Pero mis ojos
en vano buscan la esperada seña.
Elena. ¡Jaime! ¡una insurreccion! ¿con que era cierto?
Jaime. ¿Pero Inés dónde está? ¡Perdona, Elena!
Esta noche tal vez...
Elena. ¡Jaime!
Jaime. Un secreto...
Silencio, ya está aqui.

ESCENA VIII.

DICHOS. INÉS. GABRIEL.

(*Los dos se arrojan en sus brazos: Jaime los mira con ternura.*)

Inés. ¡Qué miro!

Elena. (¡Es ella!)
(*Mirando á Inés con rencor.*)
Gabriel. ¡Jaime!
Jaime. ¡Mi Inés! ¡Gabriel!
Gabriel. ¡Libre!
Jaime. ¡Sí, libre
para siempre, Gabriel!
Gabriel. ¿De qué manera...
Jaime. Barcelona responde al grito santo,
y esta noche...
Inés. ¡Gran Dios!
Jaime. ¡Oh! ¿por qué tiemblas?
(*Elena se ha retirado al lado de la ventana desde el momento en que ha salido Inés, y se la ve observar á la ciudad con agitacion.*)
Elena. ¿Qué miro?
Jaime. ¡Ya! ¡por fin...!
(*Corre hácia la ventana, por donde se verá á lo lejos el resplandor de las hogueras.*)
Gabriel. ¿Qué significa...?
Jaime. La temerosa luz de esas hogueras
es la ansiada señal que nos anuncia
nuestra emancipacion. ¡Bendito seas,
faro de libertad! y el Dios que justo
sobre el destino de los hombres vela,
ó ya para vencer nos dé su apoyo,
ó ya para el martirio nos dé fuerzas.
(*Las dos mugeres manifiestan su terror: Jaime y Gabriel se abrazan entusiasmados.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

El teatro, dividido en dos partes, figura á la derecha del actor la habitacion de Jaime, con un lecho arrimado á la pared cubierto con cortinas. A la derecha hay una puerta y al fondo una ventana. En la otra division, que es la alcoba de Gabriel, habrá una puerta á la derecha, y en el fondo un balcon. Al empezar el acto está Jaime recostado en el lecho. Gabriel entra en la alcoba de aquel por una puerta que da comunicacion á las dos habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

JAIME. GABRIEL.

Gabriel. (*Levantando las cortinas de la cama.*)
¿Jaime?
Jaime. (*Despierta sobresaltado.*)
¿Quién es? ¿es ya tiempo
de marchar?
Gabriel. Aun es de noche.
Jaime. ¿Qué quieres?
Gabriel. Hablaros.
Jaime. ¿Tanto
interesa?
Gabriel. Mucho.
Jaime. Entonces

dispuesto estoy á escucharte.

(*Se incorpora apartando las cortinas, de modo que le vea el espectador.*)

Gabriel. Esperad.

(*Se asoma á la puerta de la derecha, y observa.*)

Jaime. Nadie nos oye:
acaba. Tanto misterio
mi corazon sobrecoge.

Gabriel. No temais: para mí estan
reservados los dolores.

Jaime. ¿Qué tienes, Gabriel?

Gabriel. Señor,
de vergüenza no os responde
el miserable á quien disteis
de amigo y de hermano el nombre.
Vengo humillado á implorar
mi castigo.

Jaime. Por San Jorge,
que no comprendo, Gabriel,
tus misteriosas razones.
¿Tú á mí ofenderme? ¿es posible?

Gabriel. Con negro delito, enorme,
con el mayor que ha cabido
en el corazon del hombre.
La ingratitud.

Jaime. Yo dijera
que esas tristes reflexiones
contra mí se dirigian
para culpar mis errores.
¿Tú, Gabriel, que has consagrado
al viejo inútil y pobre
los desvelos de tu alma
y el fruto de tus sudores,
tú ingrato? ¿con qué he pagado
tu amor? ¡oh! no hagas que asome
á mi rostro la vergüenza,
ni mi corazon destroces.

Gabriel. ¿Con qué me pagásteis? ¡Cielos!
¡con tan inmensos favores
sin saberlo vos!

Jaime. No entiendo...
permíteme que me asombre.

Gabriel. Muchos años han pasado
desde que en lazo conforme
se estrechó nuestra amistad.
Yo era niño, y soy muy jóven.
Jaime. ¿A qué recordar...
Gabriel. Dejadme
que estas memorias implore
para que sirvan al crimen
de tristes reconvenciones.
Desde aquel tiempo vinimos
á vivir en esta torre,
donde en soledad pasamos
tres años de paz, veloces.
Un dia, con vos trajísteis...
Jaime. ¡Gabriel! ¡Gabriel!
Gabriel. No os enoje
mi delirio, que harto pagan
vuestro agravio mis dolores.
Un dia con vos trajísteis
¡nunca viniera! una jóven
de celestial hermosura,
tierna niña en años doce.
Vos érais mi padre, y ella
me ha llamado desde entonces
su hermano. Desde aquel dia
mi corozon demudóse.
Yo que en la estúpida calma
de mi indiferencia torpe
pasaba mis tristes dias
sin placer y sin pasiones,
vi de súbito trocarse
mi existencia, y de las flores
del sentimiento gusté
los melancólicos goces.
Mi corazon quebrantó
sus miserables prisiones,
y en mi pecho fue creciendo
la confusion y el desorden.
Jaime. Prosigue.
Gabriel. En fin, este amor
tan desdichado, y tan noble
mientras le guardó mi pecho

á costa de mis dolores,
rompió el encanto sublime,
y pérfido, ingrato y doble,
dió lugar á la esperanza
con pérfidas ilusiones.
Esta es mi ofensa: ya sé
que no hay castigo que borre
tanta maldad, ni clemencia
que mi delirio perdone.

Jaime. ¿Qué puedo yo hacer?

Gabriel. ¿Mañana
partimos?

Jaime. Los tres.

Gabriel. ¿Y adónde?

Jaime. ¿Quién sabe? Si hemos de ser
soldados...

Gabriel. Fuerza es que note...

Jaime. ¿Aun persistes en creer
que deba...

Gabriel. No se me esconde
vuestro intento; pero Inés,
que solo en vos reconoce
un amparo, si os perdiera...

Jaime. ¿Ha de faltar quien la apoye?

Gabriel. ¿Quién?

Jaime. Tú.

Gabriel. Yo voy á morir,
y como presto lo logre,
esto solo deberé
de mi suerte á los rigores.

Jaime. En fin...

Gabriel. Quedaos con Inés,
y sed su amparo. Esta noche
es la postrera que el techo
de esta morada me acoge.

Jaime. No, no es posible. Tu suerte
no es tan cruel, ni te impònen
ese duro sacrificio
sagradas obligaciones.

Gabriel. ¡Os comprendo! quereis ser
generoso con el hombre
insensato que tan mal

á vuestro amor corresponde.
No lo consiento: eso fuera
castigaros...

Jaime. No dos veces.
Escucha, Gabriel: no hay nada
que ya tu ventura estorbe;
nada.

Gabriel. Esplicaos.

Jaime. Ya es preciso
que del disfraz me despoje
que ha ocultado largo tiempo
al hombre que aun no conoces.

Gabriel. Hablad.

Jaime. Tú me conociste
mozo aun. Ya por entonces,
mi vida luchado habia
con esas tristes pasiones.
Hijo soy de un mercader.
Murió dejándome pobre,
y al mundo me lancé en pós
de una fortuna y de un nombre.
Llegué á Madrid, esperando
en mis locas ambiciones,
si no vencer mi pobreza,
luchar contra sus rigores.
Bien pronto, perfeccionado
con el cortesano roce,
se ensanchó de mi esperanza
el reducido horizonte.
La ambicion, que no enfrenada
nuestro corazon corrompe,
la miseria que le humilla,
y la altivez que le roe,
fueron de mi loca vida
los desesperados móviles
que sin pensar me arrastrara
de mi perdicion al borde.
Por disimular mi origen
mudé apellido, y de un golpe
por mi voluntad subí
desde mercader á conde.
De este modo no me fue

difícil, cambiando porte,
la confianza burlar
de usureros y acreedores.
La amistad que me ligó
á unos monederos dióme
ocasion á falsear
monedas de plata y cobre.
Estas me abrieron las puertas
de otro mundo, que era el móvil
de mis deseos: las altas
sociedades de la corte.
Allí naufragó mi calma;
vi una muger bella y noble,
la quise, y ella no fue
á mis súplicas de bronce.
Fue creciendo nuestro afecto
con el trato, y ella, dócil,
crédula, de sus deberes
incautamente olvidóse.
Fruto de mi amor fue Inés.

Gabriel. ¡Es posible! mi amores
no son ya un crimen.

Jaime. ¿Y ahora
mi ingratitud no conoces?
¿Yo que tu cariño habia
adivinado en tu noble
resignacion...?

Gabriel. ¿Y ella sabe...

Jaime. No es tiempo de que lo ignore.
Esa es mi sola disculpa:
mis sufrimientos atroces
para ocultar el secreto
que ya mi impaciencia rompe.
Por amor á Inés, temiendo
sus justas reconvenciones,
jamas quise que supiera
cuál fue su origen innoble.
El afan de que mas alta
dicha que su padre logre,
de este cruel sacrificio
endulzaba los dolores.
Por eso juzgué enlazar

su destino al de ese hombre
infame, á quien yo creía
tan honrado como noble.

Gabriel. Bien pudísteis conocerlo,
que aunque hermosa y buena, es pobre.

Jaime. Te engañas: al entregarme
de Inés, recibí su dote.
En oro le tengo allí
encerrado en ese cofre
de miedo de que la luz
la dicha de Inés me robe.
Fijos mis ojos avaros
por el tesoro que esconde,
ni se apartan por el dia
ni se cierran por la noche.
¡Ya sabes que hemos sufrido
mil horribles privaciones!
y siempre á la tentacion
fue mi voluntad de bronce.
Por ella, egoista, avaro,
he sufrido los horrores
de la miseria, usurpándome
de padre el sagrado nombre.
Mas ya es fuerza renunciar
á estas locas presunciones.
Será tuya...

Gabriel. ¡Eso no, Jaime!
Inés es rica, y yo pobre.

Jaime. ¿Qué importa?

Gabriel. Dejad que vaya
á la guerra, y como logre
que la gloria en los combates
con su esplendor me corone,
vendré á poner á sus plantas,
si riquezas no, el renombre
de mis hechos.

Jaime. ¿Y si mueres?

Gabriel. ¿Quién mas venturoso entonces?

Jaime. ¡No, Gabriel! yo solo debo
partir.

Gabriel. ¿Por qué?

Jaime. Si conoces

mi vida, ¿qué me preguntas?
harás que el rubor me ahogue.
(*Despues de un momento de silencio.*)
Condenado estoy á muerte,
y es necesario que borre
con mi sangre aquella mancha.

Gabriel. No temais que ya os lo estorbe.

Jaime. Tú te quedarás.

Gabriel. Mañana
veré. No hagamos que note
por ventura Inés... Dormid.

Jaime. ¡A Dios!

Gabriel. (Partiré esta noche.)

ESCENA II.

GABRIEL, *en su habitacion.* JAIME, *dormido.*

Gabriel. ¡Esta noche! yo no sé
lo que el corazon recela;
toda mi sangre se hiela...
¿Por qué, corazon, por qué?
¿Tan altas felicidades
bajo este techo has gustado?
¿Aun no estás acostumbrado
á mis tristes soledades?
¿Ó te causa pesadumbre
dejar la tierra querida
en que vegetó mi vida
sin placer y por costumbre?
Pero ¡ay! sí, mi pena estrañas
y en vana razon te escudas,
que cuando mi pena dudas,
pobre corazon, te engañas.
No es la acostumbrada huella,
no es el solitario hogar
lo que recelas dejar...
¿Por qué lo dudas? ¡es ella!
Ella, que de gloria y calma
mi vida infeliz bañó,
y con su amor disipó
las tinieblas de mi alma.

Ella, que de mi orfandad
fue la dulce compañía,
y de esta mansion sombría
alegró la soledad.
Pero es ya preciso huir
de este encanto que encadena
mi vida de engaños llena...
es ya preciso morir.
Dispongamos la partida,
y pues este es mi destido,
corazon, cumple tu sino
aunque me cueste la vida.

(*Éntrase por la izquierda. Un momento despues entra Inés en la habitacion de Jaime.*)

ESCENA III.

INES, *sola.*

¡Duerme! ¡duerme tranquilo! ¿No te augura,
viejo infeliz, el alma temerosa,
que es una horrible noche de amargura
esta noche enlutada y silenciosa?
¿Nada te dice el corazon, latiendo
con azorado afan? ¡Ay! no despiertas,
y en tanto que feliz estás durmiendo
la mano del dolor llama á tus puertas.

(*Levantando las cortinas y contemplando á Jaime.*)

¡Eres tú, ¡pobre viejo! y yo la impía,
la mísera muger que en torpe empleo
el inefable amor que te debia
vendo al placer de criminal deseo!
¡No, no, Jaime! jamas... ¡despierta! ¡mira!
¡Qué digo! ¡estoy temiendo tus enojos...!
Si has de mirarme con rigor, con ira,
duerme en tranquila paz, no abras tus ojos.
¡Mírame con amor! ¡sálvame! ¡franca
está á mis pies la peligrosa senda!
Ven en mi auxilio, y bienhechor arranca
la que me ciega mentirosa venda.
¡Oh! ¡yo tendré valor, y aunque abatida,
miserable muger, luchando inerme,

venceré mi pasion...! ¡tuya es mi vida!
¡no temas ya por mí! tranquilo duerme.

ESCENA IV.

INÉS. DON JUAN.

Juan. ¡Inés!
Inés. ¡Ah!
Juan. ¡Silencio!
Inés. ¡Vete,
Felix, vete! (Dios me dé
fortaleza.)
Juan. ¿Mas por qué...
Inés. Tu arrojo me compromete.
Juan. ¿No me ofreciste...
Inés. ¡Jamas!
Huye de aqui: tengo miedo...
Juan. Ven.
Inés. Aléjate.
Juan. No puedo,
si quedas, volver atrás.
¡Oh! conmigo has de venir
á consolar mi existencia,
ó harás con tu resistencia
que deje aqui de existir.
Inés. ¡Insensato!
Juan. Ya no soy
el hombre feliz de ayer,
y ya dispuesto á escoger
entre muerte y vida estoy.
Sígueme: ven á endulzar
mi desesperada suerte,
ó aqui mismo me doy muerte.
Inés. ¿Qué misterio singular...
Juan. Esperanzado llegué
á la ciudad, y las puertas,
que hallar presumiera abiertas,
cerradas las encontré.
Desde alli pude escuchar
entre gemidos atroces
las desesperadas voces

del tumulto popular.
¡Oh! ¡y desde alli vi mi casa
con fuego voraz prender...!
Aun desde aqui puedes ver
el incendio que la abrasa.
Dijéronme, en fin, que impíos
á fuego y sangre corrieron
mi casa, donde cayeron,
lidiando, todos los mios.

Inés. ¿Mas quién eres tú?

Juan. Perdona,
aunque mi maldad te asombre.
No es Felix Carrion mi nombre,
sino don Juan de Cardona.

Inés. ¡Vos...!

Juan. Partidario leal
de Felipe nuestro rey,
llamado por justa ley
á la sucesion real,
con fuerte y valiente pecho
cuando necesario ha sido
de público he defendido
su disputado derecho.
Ciega fue mi confianza;
inútil mi arrojo franco:
vencido, ya soy el blanco
de la popular venganza.
Y ahora tú, porque el rigor
de mi desdicha sea mas,
¿ingrata me negarás
tu amparo, si no tu amor?

Inés. ¡Felix! ¡Don Juan! (¡Bien temia
no resistirle, Dios santo!).

Juan. ¿Qué dices, Inés? tu llanto
es nuncio de mi alegría.
¿Me compadeces? ¡Bendito
es tu noble corazon,
que abriga tal compasion
por el misero proscrito!

Inés. (¿Esto es amor ó clemencia?)
Sin tu desdicha terrible,
acaso fuera imposible

contrastar mi resistencia.
Pensé rechazarte, sí;
pero vienes perseguido,
¡desgraciado! nunca has sido
tan seductor para mí.

Juan. Pues bien, huyamos.

Inés. ¡Don Juan!

Juan. No, no me des ese nombre.

Inés. Felix... temo... no te asombre
mi desconsolado afan.
Mas si olvidando tu fé...

Juan. ¿Qué dices, Inés? partamos;
luego es tarde.

Inés. Sí, sí... vamos.

Juan. (¡Jaime! por fin me vengué.) (*Vanse.*)

ESCENA V.

GABRIEL, *solo, que sale dispuesto á partir.*

Esta es propicia ocasion,
pero por si Jaime está
despierto, fuerza será
que salte por el balcon.
(*Se acerca al balcon, y se dispone á saltar.*)
¡Mas, si no me engaño, creo
que á la puerta hacen ruido!
¿es sueño? ¡un hombre ha salido!
¡dudando estoy lo que veo!
¡Si acaso es Felix! ¡él es...!
¡Inés...! mi desdicha es cierta.
(*Corriendo á la habitacion de Jaime, y gritando con voz terrible.*)
¡Despierta, Jaime! despierta,
que te roban á tu Inés.
(*Corre hácia el balcon y se arroja precipitadamente por él. Jaime despierta sobresaltado.*)

ESCENA VI.

JAIME, *solo.*

¡Qué escucho! ¿fue ilusion? ¿fue horrible sueño?

Que me roban á Inés... ¡soñé sin duda!
¡Inés, responde! ¡Inés! ¡calla! ¡Dios Santo!
No, no... durmiendo está. Todo me turba.
(*Se habrá aproximado á la puerta de la derecha, que han cerrado por fuera los fugitivos, y forcegea por abrir.*)
¿No me respondes?
(*Despues de un momento de silencio, en que habrá estado escuchando con la mayor ansiedad.*)
¡Ah! ¡Ya no es posible
dudar de mi desdicha...! ¡suerte injusta!
Se fue... ¡partió sin mí! rompió las puertas
que yo juzgué por su virtud seguras.
¿Y adónde, adónde va? sola, perdida...
Santa madre de Dios, dame tu ayuda.
Huir... ¡abandonarme! pobre niña,
¿adónde irás, adónde? ¿Cuál fortuna
te seguirá en la vida, si en sus brazos
tu viejo padre tu orfandad no arrulla?
¿En dónde está la luz que me guiaba?
(*Corriendo frenético de uno á otro estremo de la habitacion.*)
¿Dónde está Inés? ¡Inés! (*Llamándola.*)

ESCENA VII.

JAIME. ELENA, *por la derecha.*

Elena. Ya no te escucha.
Partió.
Jaime. Sí, ¿pero adónde? ¿tú lo sabes?
Quiero verla una vez.
Elena. No, Jaime, nunca.
Jaime. ¿Y por qué?
Elena. Porque el cielo no consiente
que ante el delito la virtud sucumba.
Jaime. ¿Con que eres tú quien me la arranca?—Mira,
no hay en la tierra ni favor ni ayuda
que de mi ciega cólera te salve,
si no me dices dónde está: ¿lo escuchas?
Elena. ¿Serás capaz...
Jaime. De todo.

Elena. Si imaginas
vencer mi obstinacion, no lo presumas.
Mátame; pero Inés nunca á tus brazos
amante volverá: ¿lo entiendes? nunca.
Jaime. ¡Oh! ¡quieres engañarme! estás temblando,
¿no es verdad? sí... mi cólera te asusta.
Elena. No.
Jaime. La vida es preciosa.
Elena. No me importa;
si me vengo de tí, mi vida es tuya.
Jaime. ¡Implacable muger! ¡nada te ablanda,
ni el ruego ni el temor! Pues bien: escucha.
Si hay en la vida para tí recuerdos
de aquella edad primera de ventura,
en delicioso crimen es bañada,
en esperanzas y en amor fecundas;
por aquellos recuerdos, por aquellas
gratas memorias que la mente adulan,
vuélvemela; ¿no ves? lloro.
Elena. Tu llanto
no me conmueve, ni tu horrenda furia.
Jaime. Pues bien, ¡tiembla ahora tú! ya que inhumana
de mi infortunio sin piedad te burlas,
óyeme y estremécete. Esa niña,
esa infeliz Inés... es hija tuya.
Elena. ¡Oh! ¡calla! no es verdad.
Jaime. ¡Pluguiera al cielo!
Elena. Dime que no es verdad.
Jaime. ¿Por qué lo dudas?
¡Tú lo has querido, tú! tambien ahora
la amarga copa de mi pena apuras.
Elena. Corramos á salvarla.
Jaime. (*Con ansiedad.*) ¿Adónde...?
Elena. ¡Cielos!
Jaime. Acaba.
Elena. Espera... mi razon se ofusca.
Ven, ven... dame tu apoyo.
Jaime. ¡Aparta! ¡aparta!
Elena. ¡Ten lástima de mí!
Jaime. Justo es que sufras.
Elena. Corramos.
Jaime. ¿Para qué? ¡ya es tarde! deja

que mi desdicha y tu maldad se cumplan.

ESCENA VIII.

DICHOS. GABRIEL, *que trae en brazos á* INÉS *desmayada.*

Gabriel. ¡Jaime! (*Desde dentro.*)
Jaime. ¡Qué escucho! ¡es Gabriel!
¡Inés!
Elena. ¡Hija mia!
Jaime. ¡Tente!
aparta, madre imprudente,
ya que no infame y cruel.
No, no la des ese nombre.
Elena. ¡Por Dios!
Jaime. ¡Oh! tú callarás,
ó de lo contrario, harás
que con tu maldad la asombre.
Elena. No; calla y yo callaré,
aunque me mate el dolor.
Jaime. Solo merece su amor
el que amparo suyo fue.
Gabriel, tú solo...
Gabriel. ¿Y podrá
olvidar nunca... no, no...
no digais quién le mató,
que le amaba, y me odiará.
Jaime. ¡Murió!
Gabriel. ¡Silencio! ya alienta...
Jaime. ¡Inés!
Elena. ¡Imploradle vos! (*A Gabriel.*)
Gabriel. Jaime, no perdona Dios
al que á una madre atormenta.
Venid, acercaos, señora.
Jaime. ¡Gabriel!
Gabriel. ¡Tenedla piedad!
Jaime. Mira...
Gabriel. Venid, y abrazad
á vuestra Inés.
Jaime. En buen hora.
Elena, yo lo consiento;
pero en mi negra inquietud,

garante de tu virtud
será tu arrepentimiento.
Vive solo para Inés...

Elena. Y para tí.

Inés. ¡Santo Dios! (*Volviendo en sí.*)
¡Qué miro!

Gabriel. Llegad las dos.

Elena. Sí, yo primero, á sus pies.—

Jaime. Detente.—¡Inés! ¡hija mia!

Inés. Señor... perdon... (*Cayendo de rodillas.*)

Jaime. Ven, levanta.

Inés. Con tanta clemencia y tanta
haceis mayor mi agonía.

Jaime. Levántate digo. Estás
delante...

Inés. Todo lo sé,
que vuestra historia escuché
porque mi error fuese mas.

Jaime. Ven, perdónala. (*A Elena.*)

Inés. (*Arrojándose á sus brazos.*)
¡Señora!

Gabriel. (*Aparte á Jaime.*)
(¿Qué estais haciendo? ¿no veis...)

Jaime. Ven ahora tú.

Gabriel. ¿Qué quereis?

Jaime. De pagar tu amor ya es hora.

Gabriel. No, no... yo os dejo. Entre tanto,
si me premia la victoria
yo volveré con mas gloria
y ella enjugará su llanto.
Y si mi destino está
cifrado en que no la vea
ya jamas, cuando esto sea,
yo sé que me llorará.
Pero ya que de esta suerte
corro á la lid, donde acaso
venga á detenerme el paso
obscura y terrible muerte,
para calmar el recelo
que en mi triste pecho labra,
decidme alguna palabra
de esperanza ó de consuelo.

Inés. Volved: yo os esperaré
feliz ó desventurado,
y si mi amor se ha borrado
mi mano os entregaré.

(*Gabriel se retira manifestando en su semblante una profunda amargura. Inés, colocada entre Jaime y Elena, se oculta el rostro con las manos.*)

FIN DEL DRAMA.

secreto de estado.
morias de un coronel.
epo el Veronés.
hijo de la tempestad.
a boda improvisada.
rcelino el tapicero.
dos solterones.
nombre mas feo de Francia
he toledana.
juglar.
castigo de una madre.
memorías del diablo.
a casa con dos puertas.
par.
even bofetones.
ar en vedado.
corsario.
ate por interés.
azar me vuelvo.
buen padre.
sitio de Bilbao.
mwell.
lo y Paulina.
novia de palo.
era, viuda y casada.
protestante.
alina de Médicis.
aballero de industria.
tobal el leñador.
riela de Belle-Isle.
buelo.
médico y la huérfana.
acto del hambre.
roscripto.
egollacion de los inocentes.
dos celosos.
cómicos del rey de Prusia.
badia de Castro.
hombre de bien.
arcajada.
ro.
ecreto de familia.
aventura de Carlos II.
molinera.
ercader flamenco.
ecretario privado.
sterna de Alby.
cadena.
y nobleza.
nio Perez y Felipe II.
o.
venga sus agravios.
ni.
r y cobrar el cetro.
e años despues.
el novicio.
elos.
imito.
a la cieguecita.
olitarios.
ja y el encojido.
atuecas.
ñal del Godo.
nia.
jor razon la espada.
lino de Guadalajara.
pallo del rey D. Sancho.
uja de Lanjaron.
Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton !!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivrí.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.
La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado.
La reina por fuerza.
Tóo jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

3 0112 115865781

La verdad por la mentira.
La oliva y el laurel.
La loca de Lóndres.
Las colegialas de Saint-Cir.
La feria de Mairena.
Elisa, ó el precipicio de Bessact.
El carcelero.
Probar fortuna.
Ya murió Napoleon.
El que se casa por todo pasa.
Pedro Fernandez.
El libelo.
Los tres enemigos del alma.
Bandera negra.
La copa de marfil.
La prensa libre.
La parte del diablo.
Memoria de un padre.
Cuando se acaba el amor.
El fanático por las comedias.
Periquito entre ellos.
El diplomático.
El parador de Bailen.
La veneciana.
La venganza de un pechero.
Beltran el napolitano.
Españoles sobre todo.
La accion de Villalar.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.
56 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.
30 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Almeria, Gonzalez.--*Alcoy*, Marti Roig.--*Alicante*, Champourcin.--*Burgos*, Arnaiz.--*Badajoz*, Viuda de Carrillo.--*Barcelona*, Piferrer.--*Bilbao*, Garcia.--*Cadiz*, Moraleda.--*Córdoba*; Berard.--*Coruña*, Perez.--*Granada*, Sanz.--*Jaen*, Orozco.--*Jerez*, Bueno.--*Leon*, Miñon.--*Lugo*, Pujol.--*Málaga*, Aguilar.--*Murcia*, Gisbert.--*Oviedo*, Longoria.--*Orense*, Novoa.--*Pamplona*, Erasun.--*Palencia*, Santos.--*Palma*, Gelabert.--*Santander*, Riesgo.--*Salamanca*, Oliva.--*Sevilla*, Caro Cartaya.--*Santiago*, Rey Romero.--*S. Sebastian*, Baroja.--*Vitoria*, Ormilugue.--*Valencia*, Navarro.--*Valladolid*, Hijos de Rodriguez.--*Zaragoza*, Yagüe.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.
Astronomía de Aragó: un tomo, 14.
Estas tres obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.
Poesias de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.
—— de **D. José de Espronceda:** un tomo, 24.
—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
Introduccion á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.
Cuentos fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
El libro del pueblo: un tomo, 6.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.
El pobrecito hablador, por Larra: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.